

El egoísmo sabotea la Economía Nacional

La elevación del nivel de vida resulta una utopía

Nadie puede negar que, a través de los departamentos más relacionados con la economía, el Gobierno ha realizado laudables esfuerzos en pro del abaratamiento de la vida. Desde el ministerio de Agricultura se han dictado disposiciones que, como la denominada «Ley de reservas», han impulsado a los campesinos a elevar sus producciones, al mismo tiempo que otras normas han hecho posible la fácil adquisición de abonos y maquinaria. En otro orden de cosas, este ministerio ha estimulado la ampliación de los regadíos o los ha creado directamente por medio del Instituto de Colonizaciones.

El departamento de Industria ha dado soberbio impulso a las más diversas producciones y, con juntamente con el de Comercio, ha sacado del marasmo a sectores tales como el textil, agobiado por la escasez de materias primas.

El ministerio de Comercio ha eliminado las trabas que se oponían a la libre circulación de artículos, los cuales se habían llegado a convertir en vivero de egoístas desventurados, con grave lesión tanto para productores como para consumidores. En el orden internacional, ha procurado la expansión de nuestras exportaciones, al mismo tiempo que la llegada al mercado nacional de artículos escasos.

En el departamento de Trabajo, la política de primas a la producción y de estabilidad de los salarios hubiera sido, de existir una buena voluntad por parte de los sectores de la economía privada, factor suficiente para producir sustanciales bajas de precios.

Pero, ¿cómo han respondido en general a esta actuación del Gobierno las Empresas e individualidades económicas de todo orden?

Salvo honrosísimas excepciones, tanto más de apreciar cuanto más escasas son, las mejores condiciones productivas y comerciales creadas por la acción gubernamental han sido utilizadas por la mayoría de los sectores como plataforma de abuso para obtener desafortunados beneficios.

Las mejores características favorables creadas en tan buena parte por deseo laudable de la autoridad, sirvieron para muchos como posibilidad de acentuar sus desafueros.

Una evolución que debía haber tenido un resultado favorable al conjunto de la comunidad nacional, se ve saboteada por el egoísmo y ha sido el toque de clarín que ha despertado los más oscuros instintos.

Nadie advierte, o, mejor dicho, nadie quiere advertir, que las dis-

posiciones del Gobierno no se dictan para que tal o cual grupo o grupito encuentre mayores lucros y más positivas ganancias sino para que el conjunto de la nación pueda vivir mejor.

Y una cosa queda evidenciada con toda claridad: Que esa elevación del nivel de vida es una pura utopía cuando los precios prosiguen incansables su carre-

ra de elevaciones, rectificaciones y «reajustes», al paso que los salarios, sueldos y remuneraciones de todo el que trabaja por cuenta ajena permanecen estables.

La trayectoria hacia el equilibrio económico que el Gobierno persigue se ve frustrada por los maniobreros que buscan ávidos su propio beneficio y contra los que se debe rápidamente actuar.

El salario es también una poderosa palanca del rendimiento

Son muchos los aspectos que ejercen influencia respecto a la retribución

No puede hacerse una enumeración completa de los factores del rendimiento sin citar también al salario. El salario es, en efecto, mucho más que un factor de rendimiento, pero también es esto, y como tal debe considerarse en uno de sus aspectos.

Un salario adecuado, es decir un salario real capaz de dotar al trabajador de un poder de compra que le permita atender con la debida holgura los gastos de su hogar, tiene decisiva influencia sobre el resultado del trabajo, y ello por diversas razones unas de tipo físico y otras de orden psicológico.

Tenemos, en primer término, que un salario elevado facilita al trabajador la adquisición de una alimentación abundante, una vivienda higiénica e incluso una adecuada distracción en sus momentos y días de ocio. En una palabra: le dota de una fuerza y una salud que, siendo premisa obligada para un alto rendimiento, no puede jamás lograrse con un salario escaso, que apenas si da posibilidad para una alimentación pobre, de mera subsistencia, incapaz de mantener al organismo humano en condiciones para realizar esfuerzos eficientes y prolongados, tales como lo exigen la mayor parte de las profesiones.

La diferencia que existe entre el rendimiento de trabajadores bien alimentados y el que se logra cuando la alimentación es insuficiente, no es necesario subrayarla, porque todos la conocemos. Una de las brutalidades de mayor bulto que cometió el liberalismo económico fué la de someter al obrero a salarios de hambre, con lo que, independientemente de otras implicaciones que no vamos a citar aquí, se llegó a colocar al rendimiento laboral en una pendiente de descenso que no bastaban a cubrir

los perfeccionamientos de las máquinas.

Todavía, desde el punto de vista físico, cabe añadir otras muchas notas por las que el salario alto influye en el rendimiento, tales como la mejor salud que tiene el hombre cuando se encuentra alojado en vivienda capaz y ventilada, en la que, tras la labor diaria, puede descansar de manera adecuada.

Desde el punto de vista psicológico, el interés por el trabajo aumenta, como es lógico, cuando se sabe que mediante el salario se puede realizar algún deseo o suprimir alguna preocupación. Hay muchísimas ocupaciones que son pesadas, podemos decir que casi dolorosas, incluso para las personas más habituadas a ellas. La posibilidad de disfrutar un nivel de vida que ofrezca ciertas comodidades es la única que permite consolarse del esfuerzo y perseverar en él. Por mucha que sea la buena voluntad de un hombre, es imposible que trabaje con denuedo cuando sabe que el pago de su esfuerzo apenas si le permite otra cosa que una comida triste, apta para recuperar las perdidas fuerzas, y volver a empezar.

Todos sabemos lo que esto representa y no es necesario insistir demasiado sobre ello, aunque no está de más citarlo para callar la boca de aquellos que hablan de rendimiento sin parar a pensar en el nivel de vida del trabajador a que dicho rendimiento se refiere.

Por otra parte, el salario adecuado influye también, sobre todo tratándose de la gran Empresa, en las buenas relaciones que indudablemente deben existir entre trabajador y empresario, mientras que los bajos salarios producen hostilidad. Cuando las relaciones laborales no se envenenan por cuestiones ajenas a las mismas, la mayor garantía

de la prosperidad de una Empresa no es tanto la buena planificación de la misma y el utillaje adecuado (cosas ambas absolutamente necesarias) como la buena relación entre empresario y trabajador, la cual no puede lograrse si es que este último no ve recompensado de modo conveniente su esfuerzo.

En definitiva, de esto que estamos hablando depende, con toda seguridad, la mayor parte de la armonía laboral, sin que ello sea bostáculo para que muchos empresarios, cegados por la codicia y una mal entendida economía, se obstinen en regatear el salario de sus obreros, le mermen cuando se les presenta la ocasión y cumplan de mala gana la legislación laboral, a la que, por ser díque a sus rapacidades, consideren como verdadera enemiga cuando la realidad es que sobre ella se asientan las premisas de la prosperidad general, del orden público y de la paz social, tantas veces destruidas en pasados regímenes de opresión y de abandono del trabajador y sus propias fuerzas.

IDEAS

El pedante habla a los niños como si fueran hombres, y a éstos como si fueran niños.

El Desorden almuerza con la Abundancia, come con la Pobreza, cena con la Miseria y se acuesta con la Muerte.

El que no sabe cuidar caballos, no es relativamente fácil ser algo, excepto ser vulgar.

Cuando un hombre pone límite a lo que piensa hacer, pone también límite a lo que puede hacer.

El no y el sí son breves de decir y piden mucho pensar.

Si fuese cierto que el viajar enseñara, los revisores de ferrocarril serían los hombres más sabios del mundo.

Sólo no pagando uno sus cuentas puede esperar vivir en la memoria de las clases comerciales.

proximidad de la noche. El mismo paciente, antes de consultar a su médico, agota todos los procedimientos para eliminar ruidos que le pueden perturbar el sueño. Pero ¿cómo suprimir el maullido lejano de un gato, el tic tac isócrono de un reloj que desgrana el tiempo en un piso vecino; el viento que arrastra una hoja en la próxima calle? Imposible. Entonces es cuando se da cuenta exacta de que sus nervios están tensos como cuerdas de guitarra. Y consulta. Y toma toda clase de drogas. Y, en última instancia, escribe al señor Max Menn por recomendación de sus amigos; aunque, no tiene mucha confianza en este respetable señor Menn, que ni es médico ni ha estudiado nada de medicina. Es simplemente un psicólogo, un observador. Las madres, por puro instinto, duermen a sus hijos arrullándoles. ¿Por qué con las personas mayores no se puede en sayar este procedimiento?

Le pobre víctima de la vigilia ha contado ya ochocientos borregos saltando por la única valla que le cierra el paso, que es una de las formas acreditadas de llamar el sueño por el aburrimiento. De pronto, rin-rin... rin..., el teléfono.

—¿Quién es el impertinente que llama a estas horas?— pregunta con un exabrupto, por el aparato

En vez de contestar a su pregunta, el aparato responde amablemente, parsimoniosamente, monótonamente, esta alocución que nos recuerda en algo la misteriosa ama de llaves de Rebeca:

«La habitación se halla ahora a oscuras. Cierra los ojos y aspira el aire profundamente, siempre profundamente. No pienses en nada. Deja tu mente completamente en blanco, completamente en blanco... No pienses... Descansa... Súmete en sueño reparador... Duérmete..., así..., duérmete... así..., duérmete..., duérmete...»

Mr. Max Benn vive indistintamente en Nueva York y en Washington y tiene una gran ilusión en su vida: hacer dormir a los demás. Podemos decir que es un hombre que ha perdido el sueño por dárselo a su prójimo. Es un señor de unos 50 años, alto, fuerte, casi un atleta, con los cabellos blancos, dotado de una voz armoniosa y persuasiva, y en ella precisamente confía para que los pobres insomnes caigan en un agradable sopor que al poco rato se convertirá en profundo sueño.

Como dato evidente del poder persuasivo de su voz, está el hecho de que en los últimos años ha dormido a más de dos mil personas, entre ellas artistas y actores del teatro y del cine, hombres de negocios, industriales, literatos y políticos. Algunos de estos últimos, no sabemos si a causa del monólogo soborifero del Sr. Menn, o de otra cosa, siguen arrastrando por la vida una perenne somnolencia. ¡Quiera Dios que encuentren pronto la triaca que os ponga rápidamente en contacto con la realidad!

El señor Menn, que es autor del interesante libro «Cómo dormirse a sí mismo», dice que la ansiedad y zozobra de la situación mundial es la causa principal de este insomnio padecido por la gente. Y como su método es tan asequible, no es extraño que el señor Menn reciba diariamente numerosas cartas de perstnas de todas las clases sociales, que buscan en sus palabras el remedio para su mal. Para atender a las numerosas demandas, se ha visto precisado a grabar discos gramofónicos con la consabida centinela.

(Pasa a la cuarta)

REDACCION:

PALMA DE MALLORCA
Fortuny, 1 - Tel. 2413

Precio: 0'60 ptas.
FRANQUEO CONCERTADO

